

El mismo enemigo. Consideraciones en torno los recientes disturbios en los barrios periféricos de las ciudades francesas, por Nicole Thé

Source: <http://sindominio.net/etcetera/CORRESPONDENCIA/NICOLE.htm>

Los incendios en los barrios periféricos de las ciudades francesas del pasado noviembre, han hecho correr ya mucha tinta, y esta gran afluencia de opiniones muestra ya por sí misma la fuerza del acontecimiento y la novedad del fenómeno. Sabido es que los incendios de coches y los disturbios provocados por los abusos de la policía, forman parte del paisaje desde hace veinte años, pero su amplitud, en el tiempo y el espacio, les ha conferido un alcance muy distinto y un sentido diferente.

Como todo el mundo, también nosotros hemos pasado por un período de estupor y embotamiento frente a la actitud tomada por una revuelta muchas veces anunciada, pero ante la cual nos hemos descubierto no sólo físicamente extraños, sino también mentalmente ajenos, nosotros que habíamos asimilado los valores y las referencias y los métodos del movimiento obrero. Efectivamente, nunca antes nos habíamos sentido tan claramente "herederos": herederos de un saber, de una cultura y de una tradición que, y estos acontecimientos nos proporcionan una flagrante confirmación, han sido completamente erradicadas de los "barrios" pobres y de las referencias intelectuales de la joven generación que ha crecido, cuando se pretendía que siguiera siendo la herencia de la clase de la cual esta juventud forma parte.

Una revuelta a reprimir

A pesar de todo, constatar nuestra exterioridad social y mental con los jóvenes amotinados, reconocer el malestar experimentado ante esos actos tan poco cargados a priori de sentido emancipador o simplemente reivindicativo, no nos autoriza a desmarcarnos de tales actos, como lo han hecho a toda prisa la inmensa mayoría de fuerzas políticas de izquierda, clásica, extremista e incluso ultra, arguyendo las justificaciones típicas -"violencia ciega", "ausencia de conciencia de clase" o "de cualquier fundamento político de clase"- en función del espacio político ocupado... Porque la revuelta que se expresa en esos disturbios -en sus secuencias más aún que en sus formas- es evidente, espectacular, hasta el punto de que nadie, ni a derecha ni a izquierda, ha podido ignorarla. Ahora bien, frente a una revuelta colectiva, quien toma públicamente la palabra se ve constreñido a tomar partido. Por tanto, comencemos por reconocer en estos actos una revuelta que también es la nuestra. Una revuelta contra un mundo que las dinámicas que amplían la desigualdad devastan, un mundo que promete cada día la felicidad material a través de las pantallas del televisor y que únicamente puede ofrecer, para una cantidad cada vez mayor de proletarios, un porvenir en barrios dormitorio siniestros y con unos trabajos miserables. En otras palabras, reconozcamos que con ellos tenemos al menos algo en común, algo esencial: el mismo enemigo.

Podemos a continuación lamentar que estos jóvenes amotinados no dispongan de las herramientas necesarias que puedan explicar su revuelta, que ignoren las formas "cívicas" de protesta y que, por último, sus actos no expresen ninguna preocupación por solidarizarse con los de su clase, aunque sólo fuera con aquellos que físicamente les son más próximos. Pero entonces es necesario saber reconocer la voz del "heredero" que habla a través de nosotros: de aquél que ha sabido expresar su revuelta con las palabras del lenguaje civilizado adquirido al mismo tiempo que la cultura escolar, de aquél que analiza las relaciones de fuerza antes de cualquier iniciativa colectiva, que promueve la idea de solidaridad de clase por convicción o

por estrategia, pero en cualquier caso por referencia a una memoria que le ha sido transmitida. ¿Cómo podemos pretender cualquier expresión de solidaridad de clase por parte de los jóvenes de los barrios que únicamente encuentran en el trabajo (cuando lo tienen) un estatus de precariedad, hostilidad e incluso racismo? ¿De unos jóvenes cotidianamente desplazados, por la mirada del mundo "exterior", a un estatus de indeseables, fracasados, hombres que están de sobra en esta tierra...? ¿Cómo pretender que utilicen un lenguaje civilizado de la acción política cuando este lenguaje ha sido proscrito no sólo en las escuelas (cuando éstas existen para ellos), sino también en la mayor parte de los lugares de socialización por el trabajo? Una revuelta que quiera expresarse lo hace con los medios de que dispone: el espectáculo de las llamas es uno de ellos y si desde luego no es el que les puede permitir ganar con facilidad el estatus de actores políticos a los ojos del resto de la sociedad, es el que conocen por haberlo experimentado en más de una ocasión, al menos algunos de ellos. Por primera vez, han hecho uso a gran escala de aquello que al menos les ha permitido descubrir que poseían una identidad colectiva antagonista, siguiendo el mismo proceso que permite al sentimiento de clase nacer y consolidarse en la lucha.

Además, sería injusto atenerse a esta constatación minimalista, porque tomados en su conjunto estos disturbios no responden a una revuelta ciega. En la primera ola de incendios encontramos sentido y no sólo espectáculo: las escuelas, fábricas y almacenes que han ardido no eran, no todos al menos, objetivos escogidos al azar -en la historia y la vida de los barrios implicados, es donde puede ser comprendido el sentido de estos blancos. En la segunda fase, donde sobre todo fueron coches lo que se incendió, se trataba para los amotinados de intentar extender el conflicto y sería completamente estúpido reprocharles el haberse servido de los media para conseguirlo, ya que en el mundo de hoy, es el medio más idóneo para darse a conocer, además otras categorías sociales "en lucha" ya lo habían experimentado antes que ellos. En cuanto a los escasos actos que han provocado víctimas atribuibles a los amotinados, evitemos por lo menos usar la lógica de la responsabilidad colectiva para desacreditar su revuelta.

Antes bien, reconozcamos que es notorio que no haya habido, en el curso de esas tres semanas de disturbios, casi ninguna agresión a personas y ningún tipo de pillaje; este hecho se basta a sí mismo para señalar hasta qué punto estos disturbios buscaban sobre todo "darle un sentido". Desde esta perspectiva han conseguido un éxito. Es comprensible que los amotinados, que han debido comparecer de inmediato, hayan sorprendido, a aquellos que los han visto, por su orgullosa dignidad. Se han convertido, al menos a sus propios ojos, en algo completamente distinto a condenados o víctimas: son hombres en lucha.

Pero en los siguientes años podríamos vernos obligados también a reconocerles una especie de deuda, la de haber mostrado a toda la sociedad, por primera vez después de largas décadas, que la revuelta salvaje, sin mediación, por poco que logre salir de una dimensión estrictamente local, es capaz de hacer tambalear las relaciones de fuerza. En menos de dos semanas, han obligado al gobierno a revisar su política de restricciones presupuestarias para las escuelas y las asociaciones de los barrios periféricos. Quizá este no era el objetivo de los amotinados y este nuevo flujo de subvenciones se destinará prioritariamente, sin ningún género de dudas, a los mediadores partidarios de la paz social (ahora que se ha llevado a cabo la selección entre las asociaciones por la asfixia económica), pero a pesar de todo, mediante las llamas, han demostrado que un gobierno que tiene miedo puede infringir las medidas restrictivas que él mismo ha dictado, lo que ninguno de los grandes o pequeños movimientos de resistencia de los asalariados encuadrados en los sindicatos puede enorgullecerse de haber llevado a cabo en estos últimos años. Como es evidente, hoy el poder no experimenta ningún temor hacia los movimientos colectivos de los cuales puede conducir a los "representantes" a sentarse en una mesa de negociaciones y plegarse a las reglas de la "economía". Pero frente a

un motín sin portavoz, vuelve a experimentar el miedo atávico de clase. ¿No se puede extraer de esto una enseñanza que merecería ser aprovechada por otros actores sociales?

Se les podría incluso agradecer a estos jóvenes amotinados el haber despejado, a su manera, el horizonte ideológico: al dar una expresión colectiva a su revuelta, han alumbrado con crudeza las raíces sociales de la miseria de los barrios periféricos. Raíces que en estos últimos años se han dedicado a rechazar, tanto a izquierda como a derecha, en provecho de una floración de explicaciones étnico-religiosas que, aunque no todas carezcan de fundamento, no han hecho otra cosa, al no inscribirse en una perspectiva de transformación social mediante la lucha, que magnificar los valores republicanos cuyo fracaso era ya evidente y, por ello mismo, facilitar la escalada de las lógicas de orden, de seguridad y policiales -lógicas que necesitan este rechazo para poder progresar.^{1[1]}

La propia existencia de los disturbios desacredita, esperemos que por mucho tiempo, las exigencias de soluciones represivas "republicanas", y vacía los falsos debates de su sustancia. Los islamistas han corrido en ayuda de la paz en los barrios periféricos, lo que prueba de modo incuestionable que para ellos se trata ante todo de imponerse en tanto de gestores de la paz social en "sus" territorios -y que por tanto corren el riesgo de desacreditarse a los ojos de los jóvenes rebeldes más radicalmente que todos los discursos en defensa de un "modelo republicano" agonizante.

Un desorden a abatir

Reconocer la contribución de los amotinados en el combate contra un enemigo común, no significa cerrar los ojos ante su principal limitación: el de no haber significado para el poder más que un problema de orden público. Ha nacido un nuevo agente político, por un momento el miedo ha cambiado de bando y la cruda realidad de los métodos policiales se ha mostrado a los ojos de todos, pero esto no ha impedido que el gobierno recuperara el control sin grandes dificultades, apoyándose en un deseo de orden que rápidamente se ha convertido en prioritario, reactivado por todas las dinámicas del miedo. Pero no simplemente el miedo, relativamente racional, de las poblaciones próximas a los amotinados que objetivamente podían temer por sus coches (y que han aprovechado esta vigilia para recuperar la "relación social"...), sino aquella irracional, sin fundamento aparente, que el poder y los media manipulan ya con una arte consumado. El miedo engendra la necesidad de seguridad y esta necesidad justifica la represión. Como consecuencia de ello, los amotinados han pasado del estatus de rebeldes al estatus de delincuentes y el gobierno ha podido aprovechar la ocasión sin dificultad para dar un paso más en la lógica represiva. Desde ese momento el debate se ha desplazado: no se ha tratado ya más que de encontrar un compromiso entre la preocupación de la identidad democrática y la necesidad de orden. Y las auténticas fuentes de las tensiones sociales, las raíces del mal, han pasado a segundo plano. El encadenamiento causal que va desde el retroceso del mundo del trabajo ante la ofensiva patronal, hasta las segregaciones socio-geográficas que fabrican las explosiones, no habrá habido tiempo de convertirse en sentido común. En resumen, la asfixia ha jugado su papel; por algún tiempo, al menos.

Esta sed de orden, aunque fabricada artificialmente, es de una profundidad difícilmente evaluable. Pero, con toda seguridad, ha sido lo suficientemente sólida para disuadir a toda la

^{1[1]} Es notorio que entre los innumerables escritos que tratan de la cuestión del Islam, del velo y de las incompatibilidades interétnicas en las poblaciones marginadas de los barrios periféricos, en estos últimos años no se haya publicado ningún trabajo que centre su atención en la realidad social de los barrios periféricos, salvo el de los sociólogos Beaud y Pialoux, autores de libros que iluminan poderosamente los acontecimientos de hoy: *80% de bachillerato, ¿y después?*, *Violencias urbanas, violencia social, País de desgracia*. Son también autores de un texto corto y esclarecedor sobre los últimos disturbios, *La "chusma" y los "verdaderos jóvenes"*. *Crítica de una visión binaria del mundo de las ciudades*, aparecido en Liens socio N° 2, disponible en línea: http://www.liens-socio.org/IMG/pdf/dossiers_liens_socio_02_beaud_pialoux.pdf

izquierda e incluso a la extrema izquierda, atrapada también en la lógica electoralista, de hacer algo serio para evitar que siga creciendo. Incluso si ello les impide plantear una batalla coherente contra el estado de excepción, cuyas disposiciones represivas, no obstante, amenazan a todo el cuerpo social y por un tiempo indeterminado. De resultas, la represión puede abatirse sobre los amotinados sin reserva. Desde luego esto no molesta apenas a la izquierda institucional, ya que difícilmente puede esperar hacer electores a los jóvenes de los "barrios" al haber perdido toda implantación en esos lugares de marginación, incluyendo a las ciudades en las cuales tienen el gobierno. Pero el coro de las condenas no se ha detenido en el PS o el PC; porque, ¿cuántos de nosotros hemos mostrado nuestra solidaridad sin rodeos hacia los amotinados? ¿Cuántos hemos manifestado que no deseamos su paz social, que la revuelta de esos muchachos es legítima y necesaria, porque ella significa, bajo su forma específica, un momento de la revuelta contra el orden establecido sin la cual todo discurso sobre otro mundo posible no es más que pura especulación? Hasta los libertarios no han escapado todos al deseo de desmarcarse ante que nada de "todas las violencias"... Y como el gobierno se ha mostrado lo suficientemente hábil para evitar al mismo tiempo los abusos policiales y un recurso desproporcionado a las medidas del estado de excepción... el grito de la revuelta de los barrios periféricos ha podido acabar ahogado por los muros de la prisión. Esta revuelta habrá representado también la ocasión para el Poder de avanzar un paso más en la lógica policial, una lógica que está lejos todavía de ser desplegada completamente. Ha permitido a la policía experimentar a gran escala nuevos métodos de represión y al gobierno de verificar en una situación excepcional la eficacia de las herramientas legislativas recientemente puestas en vigor, las cuales convierten a la justicia, mucho más abiertamente que nunca, en el brazo represivo del Poder. Pero tampoco el gobierno ha vacilado en jugar desvergonzadamente la carta de la confusión designando a la inmigración como fuente de delincuencia y de disturbios y a tomar, siguiendo esta línea, una serie de medidas de restricción del derecho de residencia de los inmigrantes que sin duda esperaban el momento oportuno para que sus expedientes de regulación salieran de los archivos.

Recordemos al menos que tras los disturbios 4402 jóvenes han sido arrestados y retenidos en comisaría, 762 en prisión preventiva, de los cuales un centenar de menores, 562 encarcelados y 422 condenados, en juicio rápido, a penas de prisión en firme (cifras del 8 de diciembre). Es necesario presentar batalla para liberarlos, es lo mínimo que podemos hacer desde nuestra posición de exterioridad. Sin contar que el formular las razones de semejante batalla puede permitirnos empezar a articular nuestra revuelta con la suya. Porque es urgente ayudar a que la revuelta de esta jovencísima generación de proletarios se encuentre con otras, mucho más difíciles de reducir por la simple represión.

Huida hacia delante y parches

Afortunadamente, no se puede excluir esta perspectiva, porque desde el punto de vista de la paz social, estas lógicas de seguridad y policiales son muestra de una huida hacia delante. Efectivamente, no son más que una forma de colocar una tapadera sobre un cazo que bulle bajo el efecto de tensiones sociales crecientes. El capital impone su ley cada vez con más brutalidad al mundo del trabajo, la competencia se exagera, crece la separación entre ricos y pobres, las clases sociales tienden a separarse geográficamente y los gobiernos, por regla general, cooperan en esta tendencia general. La descentralización ha estimulado la competencia entre municipios y regiones, los cuales desarrollan ya abiertamente sus propios planes, desligados de toda preocupación de cohesión social fuera de su territorio. Y, sobre todo, el paquete de medidas legislativas que tienden a legalizar y a extender el ámbito de la precariedad en el trabajo, medidas puestas en vigor desde hace dos décadas, desde la izquierda y desde la derecha, en una significativa continuidad, lo cual significa, para una cantidad de gente cada vez mayor, inseguridad material creciente. Ahora bien, esta

inseguridad, al no encontrar una salida en la lucha contra el adversario capitalista, alimenta todos los sentimientos de inseguridad en gran parte irracionales. De resultas, la máquina se ha embalado, hasta el punto de que el miedo a la proletarización de las clases medias se ha convertido, casi clandestinamente, en el principal motor de la segregación social comenzada hace veinte años, cuya manifestación más grave y radical, es sin duda la segregación escolar.

¿Cómo explicar este retroceso en la preocupación por la cohesión social entre la clase dirigente? Se pueden aventurar muchas razones, pero la desaparición del adversario "soviético" tras la caída del Muro, no es sin duda la menos determinante; el compromiso entre las clases, tal como había sido elaborado en la posguerra, el cual permitía contrabalancear el atractivo que presentaba el modelo rival, organizando una forma de redistribución de las rentas cuya esencia era una desigualdad controlada, parece haberse convertido ya para la clase dirigente en una pesada cadena de la que es preciso liberarse.

¿Cómo, pues, asombrarse en este contexto del "fracaso de la política de las ciudades"^{2[2]}, constatación que los amotinados -reconozcámosles también este mérito- han obligado a hacer públicamente a los diseñadores de la paz social? ¿Cómo dar crédito a que las medidas de penalización de los municipios que infringen las reglas de la "indispensable mezcla social" (la sarkoziana en cabeza) sabrán contener este movimiento de separación? ¿Cómo creer en que la "discriminación positiva" pueda llegar a ser otra cosa que pobres parches, cuando el barco de "la escuela republicana" hace aguas por todas partes?

El recurso a la represión no extinguirá las tensiones sociales, todo el mundo lo sabe. Aún peor, reforzará la marginación denunciada, encerrando a los jóvenes amotinados, que experimentan actualmente la prisión, en un odio centrado contra las fuerzas de represión, ciega al brazo que las manipula. Y, más grave aún, estimula los discursos de estigmatización de los inmigrantes producido por una derecha imbécil y arrogante, discursos que pueden resultar de una temible peligrosidad en un contexto en el que los medios populares que todavía tienen algo que perder, se sientan profundamente amenazados por los efectos deletéreos de la mundialización capitalista. Si otros sobresaltos de revuelta tardan en producirse bajo formas más inmediatamente unificadoras, capaces de interesar y comprometer al mundo del trabajo, estos discursos podrían muy bien amplificar y radicalizar el fenómeno de derechización de los medios populares que empezó ya hace veinte años, pero que hasta este momento había sido relativamente contenido, a la vez por lo que todavía queda de la herencia del movimiento obrero y por el peso de las clases medias, entre quienes lo "políticamente correcto" aún les confiere una sensación de cohesión. Y el riesgo que comporta esta derechización de los medios populares, no es tanto la "fascistización" como la dinámica regresiva que podría desencadenar en el mismo cuadro de esta "democracia", en la que el ejemplo norteamericano está ahí para hacernos entrever su amplitud y sus posibles formas.^{3[3]}

Desde luego que este escenario no es en absoluto inevitable. Y nadie puede decir que los gobiernos, especialmente si la derecha no encuentra un nuevo truco de prestidigitación para mantenerse en el poder en las próximas elecciones, no consigan poner en pie nuevas formas de gestión de los "barrios" capaces de calmar las tensiones durante algún tiempo. Además, vemos ya esbozarse algunas pistas en ese sentido. Las mediaciones asociativas son (¿provisionalmente?) rehabilitadas en sus funciones -queda por ver cómo lograrán hacer su cometido en un contexto radicalizado. Tampoco está excluido que, renunciando a la

^{2[2]} La autora hace referencia a las diferentes medidas tomadas por los gobiernos sucesivos para gestionar las contradicciones del desarrollo urbano: obligación de construir viviendas subvencionadas, redistribución de los recursos entre ciudades ricas y pobres, subvenciones a las asociaciones de prevención de la delincuencia, etc.

^{3[3]} Véase especialmente "Cómo la derecha norteamericana explota los motines", de Serge Halimi, en *Le Monde Diplomatique* de diciembre de 2005, pp. 20-21.

pretensión sarkoziana de someter la menor parcela de territorio nacional al control policial del Estado, el Poder elija más bien, o incluso paralelamente, de ceder terreno a los caídos, porque, aún más que los islamistas, han probado en estos motines que ellos eran los auténticos pacificadores de los guetos. Del lado patronal, relevado en esto al más alto nivel del Estado, parece diseñarse además la alternativa de "lucha contra las discriminaciones". Esta es una respuesta hábil, porque parece recoger las crecientes protestas (llegadas a la vez de asociaciones de vigilancia democrática, de inspectores de trabajo y de jóvenes afectados, confluencia difícilmente desdeñable por parte del Poder), omitiendo la cuestión de la naturaleza y de la calidad del trabajo ofertada en el mercado capitalista -cuestión que plantea, sin embargo, la revuelta de los barrios periféricos, al menos para aquellos que quieren oírlo. De confirmarse esta alternativa, es lícito pensar que la clase dirigente está haciendo una nueva elección "a la americana", ayudando a la constitución de una pequeña clase media salida de los barrios periféricos, la cual podrá absorber a los individuos más reivindicativos y desactivar de este modo el potencial subversivo alejándolo del medio que les ha hecho nacer -quedando él prisionero del gueto.

Buscar pistas para ir hacia la unidad en la lucha

¿Qué podemos hacer que sea coherente y esté dentro de nuestras posibilidades, en vista de las fuerzas de que disponemos, para evitar que el espíritu de revuelta nacido en los barrios periféricos en este mes de noviembre muera bajo la ofensiva represiva e integradora? Primeramente, quizá, eliminar las falsas pistas que ya se delinear. Las movilizaciones "indigenistas", por ejemplo, que al designar la herencia colonial -cuya realidad no admite discusión- como fuente de todas las discriminaciones y, por tanto, dejando de lado la cuestión de la explotación y las tensiones de clase, corren el peligro de potenciar un enfrentamiento de base identitaria que podría muy bien favorecer, quizá a pesa suyo, la opción patronal a que hemos hecho referencia.

Soy de la opinión de que ahora más que nunca es preciso tomar en consideración todo aquello que tienda a la unidad de las clases subordinadas. Porque el riesgo más grande sería el que se desarrollara una guerra entre pobres, alimentada por el enfrentamiento de dos lógicas, la de la revuelta salvaje y la del miedo. Una guerra que no permitiría otra escapatoria que la huida para aquellos que todavía tuvieran los medios y haría del proceso de marginación algo casi inevitable.

Específicamente, ¿cómo articular las luchas de los marginados del trabajo con las de los asalariados? Este problema, a la orden del día desde hace ya bastante tiempo, es hoy de extrema urgencia y aún se agravará más cuando los efectos de la deslocalización se dejen sentir plenamente. Hace diez años, un pequeño grupo de sindicalistas radicales intentaron responder a este problema creando *Agir ensemble contre le chômage* (Actuar conjuntamente contra el paro) y organizando la primera marcha de los parados. Esta experiencia, que no estaba desprovista de ambigüedad -la menor de las cuales no era precisamente la de batallar por una representación institucional de los parados- ha mostrado todas sus limitaciones cuando surgió un auténtico movimiento de lucha de los parados en 1997-98^{4[4]}. No obstante es de lamentar que el agotamiento de esta experiencia haya dejado esta búsqueda colectiva por la acción militante en suspenso. El crecimiento de la precariedad no se ha traducido (¿todavía?) en un crecimiento proporcional de las luchas de los precarios, por tanto el campo continúa estando inexplorado.

El debilitamiento de las fuerzas militantes de acción que hemos observado en estos últimos años -años marcados por el repliegue que sigue a las grandes derrotas- nos impide pensar que esta exploración pueda efectuarse fuera de un contexto de lucha concreto. Se trata, sin duda,

^{4[4]} Para más detalles ver el artículo "Entre reivindicación y subversión. El movimiento de parados en Francia", disponible en el sitio: www.laquestionsociale.org

de buscar todas las conexiones posibles entre las múltiples pequeñas luchas que surgen de forma dispersa y aislada. Para aquellos que trabajan con constancia desde hace algunos años en organizar, mediante la ayuda mutua y la "propaganda", la extensión y el apoyo a las luchas de los sectores más precarios del mundo del trabajo, convendría intentar, en la medida de lo posible, la conexión con el mundo de los marginados, a fin de que el mundo del trabajo deje de mostrarse únicamente como el lugar de todas las devaluaciones y aparezca también como el lugar potencial de socialización y de solidaridad en la lucha. Las luchas de los "sin papeles", centradas actualmente en la cuestión del derecho de residencia y cautivas del enfrentamiento con el aparato represivo del Estado, podrían ser también un momento de fusión, si avanzaran un paso planteando los problemas sociales que están tras la cuestión de la inmigración y estableciendo un nexo de unión con las luchas contra la patronal.

Y también podemos y debemos buscar pistas en otras partes, más allá de las fronteras, especialmente en países más vírgenes que la vieja Europa, donde el trabajo asalariado se ha convertido en una rareza, pero en los cuales la historia reciente esta llena de insurrecciones populares de gran alcance...^{5[5]} En ellas se encuentran, sin duda, enseñanzas que pueden sernos útiles para intentar comprender cómo esta "gran nación" en crisis, cuya clase dirigente parece haberse vuelto incapaz de gestionar las contradicciones, puede encontrar el camino que podría conducirla de las revueltas colectivas dispersas a la transformación social emancipadora.

^{5[5]} La Question Sociale ha publicado dos artículos que tratan de estas luchas: en el número 2, "Bolivia: ¿guerra del gas' o guerra social?" y en el número 3, "La guerra de precios de los transportes".